



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13180

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
gero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

JUEVES 19 DE OCTUBRE DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre a adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Oumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

Un hombre activo

Será por condiciones de carácter; porque la labor que tiene a su cuidado se exteriorice con mas facilidad que otra alguna, porque hace las cosas con voluntad y cariño o por otra cualquiera causa, lo cierto es que el ministro que se destaca en el actual Gabinete es el de Fomento.

Surgió en Andalucía la cuestión del hambre y a hacerse cargo de su intensidad fué Romanones. Y sobre el terreno estudio las necesidades de las poblaciones, comprobó la precisión de abrir caminos, inspeccionó las obras del Estado, socorrió necesidades del momento y al volver a Madrid pudo dedicarse a hacer un plan de obras, de las que ya están en marcha las más fáciles, cuyos expedientes estaban terminados o a falta de algún ligero trámite.

Así se gobierna y así se alcanza la popularidad. Y así se es ministro y se sirve a la nación con fruto.

Bien se ha dicho él es un actor eficiente, celebrado en un pueblo de la región aragonesa con motivo de la visita hecha a las obras del Canal de Aragón.

Yo no estudio las necesidades en los expedientes sino sobre el terreno, porque impresionan mas; y cuando ofrezco, no ofrezco a lo ministro cuya vida oficial es pasajera; yo ofrezco como hombre y ofrezco tanto que yo hago es para trabajar por conseguirlo en todo tiempo cualquiera que sea la situación que ocupe.

No seran esas sus palabras, pero eso ha sido el pensamiento del ministro que tiene a su cargo el fomento nacional. Y como demuestra el movimiento andando, habiendo mas que con las palabras con los hechos, ha logrado lo que

no han conseguido sus colegas, lo que no ha logrado el mismo presidente a pesar de ser el defensor de la política: que el país se fije en él con simpatía y le otorgue su aplauso.

Hombres así hacen falta, activos, que no dejen para el día siguiente los asuntos; que se multipliquen; que estudien por sí mismos las necesidades para darse razón de su cuantía y resolver sabiendo lo que se resuelve.

Hombres como el conde de Romanones hacen falta. Viéndole laborar se sienten esperanzas de un porvenir mejor. Pero la sustitución de ministros es en España tan frecuente, que cualquier día la labor fácil que se hace en el ministerio de Fomento pudiera sufrir interrupción.

Y sería una lástima.

PAGINAS LITERARIAS

A MI RESPECTABLE AMIGO, D. J. J.

HASTA LA MUERTE

Una lindísima muchacha y como de unos diez y siete años, hallábase reclinada en un sillón de césped, situado en un delicioso jardín de Andalucía.

Frente a esta encantadora hura, se encontraba un joven de exquisita figura y simpático talento, siendo poseedor al propio tiempo de unos ojos tan extraordinariamente expresivos, que con una sola mirada que dirigiera hacia el bellísimo rostro de aquella diosa del amor que iluminada por la resplandiente luz del Astro del día parecía un verdadero angel, fué lo suficiente para demostrarle, que la amaba con verdadero frenesí.

Aquel sol del Mediodía: aquellas perfumadas brisas de la campiña andaluza, aquella luz tan pura y diáfana del azulado espacio, influyeron de un modo en su ánimo, que más bien que hombre de material recitaba contraindicada por el estado de una carrera tan espinosa como la suya, parecía un soñador de ideales, pues en su posición por el sol, como se inspiraba por ella, en todos los trances de su estudio.

En los ratos de ocio, bien pocos por cierto, y cuando tras largas horas de estudio y meditación se dirigía a las afueras de la ciudad a contemplar el delicioso panorama de aquel país en que todo respira amor y poesía, grandeza y fecundidad; en aquellos campos en donde las flores tapizan en caprichoso y artístico colores al suelo que las da vida y agradecidas envía sus perfumados hábitos al cielo; allí donde los pájaros cantan con mas alegría, las aguas son más cristalinas y murmuradoras, la brisa más pura, el sol más radiante y las noches más silenciosas, se pasaba mi protagonista, la vida, en contemplativas meditaciones; y de vez en cuando, dirigiendo la vista al Zénit, formado por nubecillas de rosado tinte, exclamaba:

—¡Allí está ella! ¡Cuando tendré la dicha de contemplar cercanamente su encantadora presencia! Y sintiendo en lo más recóndito de su corazón vivísimos anhelos de admirarla, se marchaba meditabundo a casa, para estudiar con emulación y ahínco aquellas difíciles y poderosas asignaturas, que más tarde habrían de servirle para ganarse el sustento.

¡Pero algo sublime, maravilloso é incomprensible encuentro aquí! Y es, que a pesar de que mi protagonista no era muy discreto, ni hábil para el estudio, tan pronto extendía su vista por las páginas del libro, el contenido de estos, quedábase grabado en su imaginación.

II

Transcurrió algún tiempo, sin que ambos amantes se vieran, pero ¡oh fatal situación!, siempre que hubiese ignorado el paradero de ella, pues cuando Miguel creyó que un rayo de felicidad había venido en su auxilio, tuvo la funesta noticia de que su idolatrada, se hallaba gravemente enferma.

Con la rapidez del relámpago y con sus cristalinos ojos arrasados en lágrimas, penetró en la habitación de su amada y acercándose al lecho, sintiéndose de pronto profundamente conmovido y es que al ver la joven a su prometido, le dirigió una mirada tan llena de melancolía, que parecía ser el último halito de su existencia y acto seguido, abriendo sus coralinos labios pronunció estas frases que enternecieron a cuantos la rodeaban.

—Tú, siempre tú... ya muero tranquila. Perdón mil veces si no he sabido corresponder a la constancia con que me has amado. Solo te pido, hoy que cumple el plazo de

mi existencia... una tumba... para guardarte mi amor y mi gratitud.

Cuando acabó de pronunciar estas sentidas y conmovedoras palabras, cubrió con los párpados sus pupilas, que no veremos jamás.

Y es que las almas nobles que saben sentir, amar y agradecer, nos lo demuestran hasta en la hora de la muerte.

Antonio Almedovar.

La Sociedad de "La Posma."

Había en Sevilla una sociedad titulada «La Posma», formada por individuos que habían acreditado suficientemente su carácter cachazudo.

Una madrugada de invierno, a eso de las tres, comenzaron a llamar dos hombres a la puerta de la casa donde vivía el Presidente de la sociedad de «La Posma», en el Patio de Banderas del Alcázar.

A la media hora larga se asomó a un balcon el Presidente, preguntando con mucha cachaza: «¿Quién llama con tanta urgencia?»

—Somos nosotros, señor Presidente, que deseamos hablar con usted de un asunto perentorio,—contestó uno de aquellos hombres.

—Allá voy,—dijo el Presidente.—Y a la media hora abrió el Presidente la puerta de la casa y dió entrada en la misma a los visitantes trancochadores.

—Pues, ustedes dirán lo que les ocurre—dijo el Presidente.

—Pues, venimos, porque este amigo y yo,—dijo uno de los visitantes,—nos encontramos casualmente esta tarde en la plaza del Triunfo, a dos pasos de aquí, y me dijo este amigo, que en Sevilla había una Sociedad especial, que usted preside dignamente, para ingresar en la cual era preciso reunir ciertas condiciones de carácter. Y sobre si nos presentáramos ó dejáramos de presentarnos a usted para solicitar el ingreso en «La Posma», nos hemos entretenido un ratito, desde las cuatro de la tarde a las tres de la madrugada, hasta que resolvimos presentarnos a usted para que nos haga socios.

—Es que para ingresar es necesario probar con hechos, que es uno un pelmazo de marra mayor.

¿Qué prueba puede usted presentar?

—Pues, yo me he leído, sin perder una letra y de la cruz a la fecha, toda la His-

toria de Inglaterra, escrita en entorse tomos.

—No deja de probar cachaza, pero no es bastante.

—Es que la Historia leída por mí estaba escrita en inglés.

—Paciencia se necesita, pero no es gran mérito para ingresar en la sociedad.

—Es que yo no sé ni jota de inglés.

—¡Ah, ya! es usted un digno compañero de «La Posma». ¿Y ese otro amigo? ¿qué mérito ostenta para ingresar en la sociedad?

—Que he oído con atención atenta a mi compañero la lectura en inglés de la Historia de Inglaterra.

—Cachaza se necesita, pero si no aduce usted más que ese mérito, es poco aún.

—Bueno; es que yo tampoco sé una jota de inglés.

—Quedan ustedes admitidos socios de «La Posma».

Los dignos socios de la misma sociedad salieron un día de caquería, y al pasar por una huerta cercana a la ciudad exclamó uno de ellos, mirando la frondosa verdura:

—«¡Buenas coles!»

Pasaron todo el día en el campo matando pájaros, sin hablar una palabra siquiera, hasta que ya, de regreso, al volver a pasar por la misma huerta, exclamó el otro, aludiendo a las coles ponderadas por el compañero:

—«¡Para con tocino!»

Socio era también de la mencionada sociedad aquel carpintero que tenía su taller en una alquería de la calle de Tetuán, y al que se presentó una tarde un forastero que, tomando equivocadamente la carpintería por portal de una casa de vecinos, dijo al carpintero:

—Maestro ¿quiere usted llamar a Dolores?

—Sí, señor... ¡Dolores!—gritó el maestro, dirigiendo la voz al interior del taller, como el que llama a una persona que está algo lejos.

Pasó un rato bueno, y como nadie contestaba, volvió el forastero a decir al carpintero:

—¿Quiere usted darle otra vez a Dolores?

—Dolores... volvió a gritar el maestro en la misma forma.

Otra media hora transcurrió, y Dolores no salía.

EUGENIA GRANDET

134

una reputación intachable, y Dios gracias, para comprometerla aunque se tratase del imperio del gran Mogol.

Ambos, V. y yo estamos en una edad en la cual se sabe ya entender a medias palabras. Para ser sacerdotita tiene V. verdaderamente ideas muy extradas. ¡Oh! Todo eso es digno de «Fañla».

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

135

«Adiós, esperanzas, la vendimia está hecha». Es menester que V. se despidas de la señora Grandet. Eugenia será para el parisense.

Como no suceda que este primo esté enamorado de alguna muchacha de París, Adolfo, su hijo de V., va a tener en Carlos un rival muy...

—Deje V. eso, señor abate. Ese joven no ha de tardar mucho en advertir que Eugenia es una boba, una muchacha sin lozanía.

¿No la ha mirado V.? Parecía esta noche amarillita como un membrillo.

—¿Y V. probablemente solo habrá hecho notar al primo?

—No me ha costado mucho trabajo...

—Béñora, colóquese V. siempre cerca de Eugenia y no tendrá V. nada que decir a ese joven contra su prima; él, por sí mismo, establecerá comparaciones que...

—Por lo pronto me ha prometido comer pasado mañana en casa.

—¡Ah!—dijo el abate.—Si V. quisiera señora.

—¿Y qué es lo que he de querer yo, señor abate? ¿Se propone V. con eso darme un mal consejo? No he llegado a la edad de treinta y nueve años, con

XXV

El señor Grandet dijo mientras dubaba la carta exactamente en los mismos doblados que tenía y la guardaba en el bolsillo de su chaleco:

—¿Están ustedes hablando?

Grandet contempló a su sobrino con un aire humil-